



---

## Una síntesis práctica de la caridad cristiana

---

[  Audio [SoundCloud](#) ]      [  Audio [G Drive](#) ]

San Ignacio propone al ejercitante tres maneras de humildad en E.E. nº 164 nos dice: «*Antes de entrar en las elecciones, para a fascinarse a la verdadera doctrina de Cristo nuestro Señor, es muy útil considerar y advertir en las tres siguientes maneras de humildad...*». Es decir, para decidirse y elegir lo que de verdad Dios quiere para nosotros.

Y la santa nos dice a su vez

«Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad y púsoseme delante... esto: que es porque Dios es suma Verdad y la humildad es andar en verdad» (6 Moradas,10,7)

En la primera manera de humildad (E.E. nº 165) San Ignacio indica: «*que me abaje y humille tanto cuanto en mí sea posible, para obedecer en toda la ley de Dios nuestro Señor, de tal suerte que, aunque me hiciesen señor de todas las cosas creadas en este mundo, ni siquiera por salvar la propia vida temporal me ponga a deliberar sobre quebrantar un mandamiento divino o humano que me obligue a pecado mortal*».

Es decir, querer llevar a la práctica con la misma “determinada determinación” que la santa lo que decimos a Jesucristo en el acto de contrición: «*Ayudado de vuestra divina gracia, propongo firmemente nunca más pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me fuere impuesta*». Empeñarnos en decir ese ¡basta! al pecado. Ni siquiera salvar la propia vida puede excusar una ofensa al amor de Dios.

Con frecuencia nos hacemos una idea falsa de la humildad, al concebirla como algo que nos rebaja, cuando es todo lo contrario, nos aporta la verdadera grandeza que en vano buscamos fuera de Dios, pues no hay nada más elevado que estar ante Dios y con Él. Lo decisivo en la vida espiritual no es tanto el “buscar a Dios”, cuanto el ponerse en una actitud tal que se pueda esperar encontrarlo sin tener que buscarlo, porque es Él quien toma la iniciativa del encuentro, el que nos busca y el que a su debido tiempo se manifestará a nosotros: «*Me he hecho encontradizo de quienes no preguntaban por mí; salí al encuentro de los que no me buscaban*» (IS 65; Rom 10,20-21). Pero el pecado es justamente el alejarnos de Aquel que, en palabras de Santa Teresa, «sabemos que nos ama».

Más que una virtud, la humildad es la esencia, la verdad de todas ellas, por eso dice la santa

«es la principal y las abraza todas» (Camino de Perfección 24,2).

San Ignacio en la segunda manera de humildad (E.E. nº 166) nos dice: «*es más perfecta que la primera (que es no cometer pecado mortal), ni por todo lo criado, ni aunque me quitasen la vida, no me ponga a deliberar sobre hacer un pecado venial*».

Recordemos lo que decía Simone Weil: «... la humildad es la negativa a existir fuera de Dios». La negativa al pecado. Es decir, ¡basta de pecado! ni venial. En Ejercicios nos determinamos a ello.



Este remedio es de orden natural y suele fallar muchas veces por la falta de energía de carácter. Los que son incapaces de tomar una decisión enérgica, a veces se sacrifican y son capaces de grandes cosas. Pero no son constantes. Son de naturaleza débil. No basta un “quisiera”. Es necesario un “¡quiero!”. Desear la perfección, sí, pero esperar a que termine este trabajo, o que pase tal fecha, eso es vivir de ilusiones. La Santa dice que:

«Importa mucho, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo, como muchas veces acaece con decirnos: "hay peligros"» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 21,2).

Siendo así, aunque sea costosísimo superar este pecado, al decir ¡basta! ¡hoy no!, con este firme propósito, ya hemos empezado, y posiblemente podamos superar con ayuda de Dios esa mala costumbre, ese hábito pecaminoso, o ese pecado, que es como la mala hierba, que enseguida echa raíces. La Santa también hace estas comparaciones.

«No echen raíces, que serán más malas de arrancar, y aun podrán venir de ella a nacer otras muchas. Que si una hierba o arbolillo ponemos y cada día le regamos, cuál se para tan grande, que para arrancarles después es menester pala y azadón. Así me parece es hacer cada día una falta, por pequeña que sea, si no nos enmendamos de ella; y si un día o diez se pone, y se arranca luego, es fácil» (Conceptos del amor de Dios 2,18).

Cuando nos proponemos en serio decir ¡basta!, entonces es cuando esa tendencia y ese pecado pierden su fuerza, su dominio, su poder sobre nosotros. Sabemos que el Señor nos está diciendo continuamente, como en el Evangelio le decía al paralítico de la piscina de Betesda: «¿Quieres curarte?» (Jn 5,6). ¿Lo quiero yo verdaderamente, con motivo de esta meditación? Porque si sinceramente lo quiero, y para eso son los ejercicios, si es de verdad, lo conseguiremos. No consintamos más.

San Ignacio en la tercera manera de humildad (E.E. nº 167) nos dice: «La tercera manera es humildad perfectísima, es a saber, cuando incluyo la primera (no pecado mortal) y la segunda (no pecado venial), y siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo pobreza... oprobios...».

Es por tanto buscar el mayor parecido que podamos con el Señor. [...] Es más, pensemos que Dios nos mira y ve que dentro de nosotros hay una imagen de su Hijo: «Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo» (Rom 8,29). El fruto de esta meditación, que es una meditación sobre Cristo, es conducir a la muerte del hombre viejo y hacer renacer al nuevo, que vive de acuerdo con Dios, quien nos recuerda una vez más Santa Teresa «sabemos que nos ama».



**Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!**